



C. Muga lit.

Lit. de S. Gonzalez, Madrid.

Visitacion de la Virgen á S^{ta}. Isabel.

CAPITULO II.

De la Visitacion de la Santísima Virgen á su parienta Santa Isabel, la que divinamente inspirada la dirige una salutacion semejante á la del Arcángel San Gabriel. Concluye con la esplicacion del bello cántico *Magnificat*, entonado en esta visita por la Madre de Dios.

Hemos visto en el capítulo anterior, que el Arcángel San Gabriel al anunciar á la Santísima Virgen el Misterio de su Maternidad divina, la informó de que su parienta Isabel habia concebido un hijo y que se hallaba en el sexto mes de su embarazo. La venerable Agreda dice que el Altísimo le reveló despues que el hijo que Isabel habia de dar á luz seria grande delante del mismo Señor, y seria Profeta y Precursor del mismo Verbo humanado, que ya reposaba en su seno virginal. Conoció tambien la Divina Reina, continúa la misma historiadora, el agrado y beneplácito del Señor, de que fuese á visitar á su deuda Isabel, para que ella, y su hijo que tenia en el vientre, quedasen santificados con la presencia de su Reparador; porque disponia su Magestad estrenar los efectos de su venida al mundo y sus merecimientos en su mismo Precursor, comunicándole el corriente de su Divina gracia; con que fuese como fruto temporáneo y anticipado de la redencion humana¹. Parécenos indudable que tal revelacion tuviese, toda vez que inmediatamente despues de la Encarnacion del Verbo determinó trasladarse á casa de Isabel y lo hizo con prontitud, segun se lee en el Evangelio. Hé aquí como

1 V. M. Agreda. Obra citada: parte II, lib. III, cap. XV.

continúa San Lucas su narracion, despues de dar cuenta del diálogo habido entre San Gabriel y la purísima Virgen.

«Y en aquellos dias levantándose Maria, fué con priesa á la montaña á una ciudad de Judá: y entró en casa de Zacarias, y saludó á Isabel.»

Maria no podia obrar en nada precipitadamente, porque la precipitacion no es propia en una criatura tan prudente, y tan modesta como ella era. Sin embargo, el Evangelio nos advierte ahora que fué con diligencia ó prontitud á la montaña. La razon es muy clara: tenia encerrado en su seno al autor de la caridad: el fuego de esta caridad la hace veloz como el rayo para cumplir la voluntad divina, y atraviesa con rapidez las noventa millas de áspero camino que distaba de Nazareth la ciudad de Ain ¹. Van á encontrarse ambos niños; el uno, dice D'Argentan, encerrado en el seno de una madre vieja y estéril, la cual es imágen de la ley antigua que no producía la gracia, sino la prometía y aguardaba; el otro en el de una madre jóven y vírgen; pero fecunda, que es imágen de la nueva ley fecunda en santidad, y rica y abundantísima en gracias.

No diciendo el Evangelio si María fué sola ó acompañada á casa de Isabel, han pensado de diverso modo los autores, aunque la mayor parte han creído apoyándose en juiciosas razones que fué acompañada de su esposo San José, de quien indudablemente obtuvo el permiso para efectuar la marcha, pues repugnaria creer otra cosa en la que era ejemplo de fidelidad y obediencia. Vamos á presentar al lector el bello cuadro trazado por la inteligente

1. Sugun la opinion de Orsini, Ain ó Aen fué el lugar donde habitaba Zacarias, y que esta situado á dos leguas al Sur de Jerusalem. El P. Scio, se inclina á creer que fué Hebron, ciudad sacerdotal, y la principal de las nueve, que fueron destinadas á Judas y á Simeon, hijos de Aaron.

y poética pluma de Orsini. «Con aprobacion de San José, cuya alma sencilla pero elevada era unisona con la suya y que no tenia con ella mas que un corazon y una voluntad, María partió de Nazareth en la estacion de las rosas, y se dirigió hácia las montañas de Judea, en que Zacarias el Aaronita tenia su habitacion. La Escritura, que olvida los detalles y toma los sucesos por su cumbre, no dice si la Virgen fué acompañada durante este viaje, de lo que han sacado algunos autores que lo hizo sola, lo que es contrario á toda verisimilitud. Tenian necesidad de atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria y casi todas las tierras de Judá. A mas, el pais está erizado de montañas, cortado por torrentes y sembrado de desiertos. Los caminos que los romanos prepararon en lo sucesivo, hundidos entonces bajo las pesadas plantas de los camellos y cubiertos de piedras resbaladizas, amenazaban á cada paso al viajante con una caida fatal. Cuando venia la noche, era preciso dormir en algun parador de caravanas, en que no habia otra cosa que un pequeño recinto desprovisto de víveres y amueblado con una simple estera de juncos, porque la hospitalidad primitiva habia marcado con sucesivas menguas las diferentes fases de la civilizacion entonces adelantada en los hebreos. En semejante estado de cosas ¿es presumible que un hombre lleno de dias y de esperiencia como José, hubiese espuesto por antojo á una mujer jóven, hermosa, delicada, criada lejos del mundo y confiada como la inocencia á los peligros é incomodidades de toda especie que ofrecia un viaje solitario? Esta asercion es opuesta á la historia del pueblo de Dios y las costumbres del Asia; jamás una mujer judía se hubiese aventurado sin una escolta respetable á semejante distancia de su casa ¹.»

1 Orsini. Obra citada, lib. IX.

Fué admirable el efecto que en Isabel hizo la presencia y la salutacion de la Santísima Virgen. No obstante que María no revela el Misterio, aquella lo penetra y la inspiracion divina y los saltos de gozo que su infante da en su vientre, la convierten en Profetiza que enagenada de gozo felicitá á la criatura feliz que lleva en su seno al divino Mesias. Oigamos la continuacion del Evangelio.

«Y cuando Isabel oyó la salutacion de María, la criatura dió saltos en su vientre: y fué llena Isabel del Espíritu Santo.

«Y exclamó en alta voz y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.

«¿Y de donde esto á mí, que la Madre de mi Señor venga á visitarme?

«Porque he aquí, luego que llegó la voz de tu salutacion á mis oidos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre.

«Y bienaventurada tú que has creído, porque cumplido será, lo que te fué dicho de parte del Señor.»

No una sola cosa llama la atencion en este pasaje: despues que el mensajero celestial habia llamado á María, *Bendita entre todas las mujeres*, Isabel es la primera en repetir esa misma salutacion formando, digámoslo asi, el primer eslabon en la dilatada cadena de bendiciones que los fieles de todos los siglos habian de tributar á la augusta Madre de Dios. El Arcángel enviado por Dios, dice Augusto Nicolás, Isabel inspirada por Dios, y la Iglesia inspirada por Dios, solo han sido tres instrumentos diferentes, que bajo la influencia de un mismo soplo debian sonar con perfecta armonía de alabanza. El tierno infante que reposa en el seno de Isabel y que mas tarde há de ser Precursor del Verbo que le visita estando aun encerrado en el claustro materno, da

saltos de júbilo en el momento en que es santificado. Hágase indiferente el Protestantismo á la honra que se debe á la que es verdaderamente Madre de Dios, no haciendo diferencia alguna entre ella y las demas personas, de las que habla el Evangelio. Los católicos la aclamaremos siempre bendita entre todas las mujeres, y como Isabel nos inclinaremos profundamente ante la bellissima Virgen que mereció producir al que por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió del cielo, encarnándose por obra del Espíritu Santo en su inmaculado seno. Bástanos fijar la atencion en la altísima dignidad de María, en sus gracias y prerogativas; bástanos considerar los beneficios que la Madre de Dios ha dispensado á los humanos para que el corazon rebose en las mas dulces expansiones de amor y de gratitud. ¡Gloria á María!

Isabel es digna de las felicitaciones del mundo cristiano, porque como acabamos de decir fué la primera despues del celestial mensajero en aclamar á María, *Bendita entre todas las mujeres*. Empero si la madre del Bautista profetizó penetrando el oculto misterio de la Encarnacion, lo que le hizo prorumpir en estas palabras: *Bendito el fruto de tu vientre: ¿y de dónde esto á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme?* conociendo y agradeciendo en su corazon tan señalada honra, María á su vez profetizó tambien atravesando con su vista por medio de las generaciones y de los siglos, de modo que parece que en sus oidos resonaron las alabanzas que en todos los tiempos futuros habian de tributarle los hijos del nuevo pueblo, que habia de formar el Dios-Hombre que reposaba en su inmaculado seno. Veámoslo en el sublime y hermoso cántico que saliera de sus lábios en el momento en que escuchó la salutacion de Isabel: es ciertamente el canto mas bello de las Sagradas

Escrituras, que diariamente repite la Iglesia, y que es suficiente para disipar la tristeza del corazón, y alentar en las almas el fuego de la mas fervorosa oración.

«Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

»Porque miró la humildad de su esclava: desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

»Porque el que es Omnipotente ha hecho conmigo cosas grandes y su nombre es santo.

»Y su misericordia se estiende de generacion en generacion para los que le temen.

»Ha desplegado la fuerza de su brazo y ha disipado á los que se llenaban de orgullo en su corazón.

»Destronó á los soberbios y ensalzó á los humildes.

»Hinchó de bienes á los hambrientos, y ha empobrecido á los ricos.

»Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

»Segun la promesa hecha á nuestros padres, á Abraham y á su linaje para siempre ¹.»

Digno es este sublime cántico del *Magnificat*, de que en él fijemos detenidamente la atención, por tener mucho que admirar y no poco que aprender.

Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. ¡Qué sublime homenaje de gratitud! María sabe toda la dignidad con que ha sido engrandecida: sabe que en su seno reposa el que domina sobre todas las potestades de la tierra y que no tiene semejante en el poder: empero tanta grandeza, distincion tan señalada, lejos de hacerla adelantar en propia estimacion, sirvele

¹ Luc. cap. I, 41-55.

para humillarse mas y mas. Ya la vimos llamándose esclava al tiempo mismo que el enviado de Dios la aclamaba Reina, al anunciarle que iba á ser Madre del Rey de la Gloria. Ahora al escuchar las palabras de Isabel, lejos de fijar su consideracion en su propia grandeza, quiere que solo Dios sea engrandecido, y su gozo y regocijo están cifrados tan solamente en Dios su Salvador, confesando de este modo y enseñando á los mortales, que solo en Dios se debe gloriar y alegrar toda criatura, porque *ÉL ES EL ÚNICO QUE ES* ¹, de quien exclusivamente penden los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riquezas ². Luego que ha tributado á Dios el justo homenaje con el que da principio á su cántico, declara en las siguientes palabras con cuanta liberalidad premia el Señor á los humildes. Necesario era que el mundo conociese que la humildad de María la hizo acreedora á que el Señor la engrandeciese hasta el punto á que ninguna otra criatura ha sido engrandecida: hé aquí por que divinamente inspirada continúa de este modo:

Porque miró la humildad de su esclava: desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones. En efecto, por su humildad, alcanzó que todos los cristianos de todas las generaciones la colmasen de bendiciones y alabanzas aclamándola Bienaventurada. Ya dijimos antes que habia atravesado con su imaginacion por medio de los siglos, toda vez que la profecía que se encierra en estas palabras pronunciadas hace cerca de diez y nueve siglos, viene cumpliéndose sin interrupcion alguna. Do quiera que es alabado y bendecido el nombre augusto del Redentor de la humanidad, lo es tambien el de la inmaculada Madre que divi-

¹ *Dixit Deus ad Moysen*: Ego sum qui sum. Exod. cap. III, 14.

² *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas á Deo sunt.* Eccli. III, 14.

namente fecundizada le produjo. ¿Quién podrá numerar las aclamaciones que cada día recibe en toda la estension del Cristianismo? ¿Quién podrá reducir á guarismos las iglesias que llevan su nombre, los pueblos que la reconocen por Patrona bajo alguno de sus títulos ó advocaciones, y las imágenes suyas que son objeto de la veneracion de los fieles? Si dirigimos una atenta mirada por el mundo cristiano, veremos que la arquitectura, las artes, la música y la poesía hánse consagrado á formar monumentos y transmitir á las futuras generaciones testimonios incontestables que prueban suficientemente el entusiasmo que siempre ha inspirado á los fieles la bella Madre del Salvador. Sus glorias entonadas con alegría y defendidas con valor por Inocencio III, Alberto el Grande, Santo Tomás, Escoto y San Buenaventura, predicadas con la mayor elocuencia por San Bernardino de Sena, el Canciller Gerson, el Justiniano y mil otros no menos amantes de María, y á las que dedicaron bellísimas composiciones el Dante, el Tasso, Silvio Pellico y con estos los mas célebres poetas de todas las naciones católicas, fueron el asunto privilegiado de las inspiraciones del Giotto, Corregio, Juan de Juanes, Rafael, Miguel Angel, Murillo y otros muchos pintores, que inmortalizaron sus nombres en los lienzos que dedicaron á pintar los misterios, y las glorias de la que habia dicho seria llamada bienaventurada por todas las generaciones. Es justo y racional el culto que tributamos á María, y ya demostraremos mas adelante al esponer el primer milagro obrado por Jesucristo en las bodas de Caná, cuán fundada es la esperanza que despues de Dios ponemos en su Madre, cuya influencia es benéfica en favor de la humanidad, puesto que, escogida para medianera de intercesion por el mismo Autor de la gracia, ella es el acueducto, dice San Bernardino de Sena, por el

que se dispensan las gracias á las criaturas. La conviccion de esta verdad hacia esclamar á San Gregorio Nicomediense: «No me digais, ó Virgen Sacrosanta, que no nos podeis ayudar á causa de la multitud de nuestros pecados, porque teneis tal poder y conmisericordia que ningun número de culpas puede jamás escederla. Nada resiste á vuestro poder, porque vuestro Criador, que lo es de todas las criaturas, honrándoos á vos que sois su Madre, estima como propia vuestra gloria¹.»

Dos palabras mas, que nos harán conocer cuánto se interesa el Señor en la honra de su Madre. Quiso decir la Santísima Virgen en su profético canto, que su culto duraria tanto como los siglos: que allí donde fuese adorado Jesucristo, ella seria aclamada *Bienaventurada*: no vamos ahora á hacernos cargo de los terribles castigos que aun visiblemente sufrieron en diversos tiempos los que se propusieron deprimir su culto y devocion. Aun entre los mismos herejes, tenemos que admirar rasgos sublimes sobre este punto: al mismo tiempo que atraian sobre sí los anatemas de la Iglesia por su pertinacia en propagar ideas contrarias al dogma católico, dejaban escapar á sus lábios brillantes confesiones de la gloria de María. Lutero, escandaloso apóstata de la religion, que lleno de encono y de malicia arrastró tras sí multitud de almas al camino de la perdicion, rompiendo con sacrilega mano los lazos que las unian con el Supremo Gerarca de la Iglesia, se hace cargo de la profecía de María, y admirándola, aprueba el culto que se le tributa, diciendo que no solo debe tributársele este honor de lengua ó de palabra, con homenajes sensibles, sino á mas con toda la fuerza de nuestro sér, en verdad y de lo íntimo del alma.

¹ D. Greg. Nicom. Or. de éxitu. B. M.

Es notable su última exclamación al hacer tan hermosa declaración: «Digámosla pues en presencia de Dios y de lo íntimo de nuestra alma: ¡Oh feliz y bienaventurada Virgen! Así beatificarla es propiamente honrarla y venerarla con verdad¹.»

Hagámonos cargo en suma, de la última parte del cántico de María. *Ha desplegado la fuerza de su brazo y ha disipado á los que se llenaban de orgullo en su corazón: destronó á los soberbios y ensalzó á los humildes: hinchó de bienes á los hambrientos y ha empobrecido á los ricos.* Es decir; ya está en el mundo y reposa en mi seno el que ha de obrar todas estas maravillas. Lo que ha de suceder mas tarde, cuando la Cruz lejos de ser objeto de espanto y de terror, reciba las adoraciones del mundo, cuando al impulso de la voz del Evangelio vengan por tierra los ídolos ante los cuales se ofrecían sacrificios, María lo ve como presente, lo tiene por consumado: y verdaderamente la asombrosa revolución moral que vino á destruir las antiguas preocupaciones del mundo de los filósofos, á anular las bárbaras leyes que esclavizaban á los débiles bajo el poder de los magnates, á suavizar las costumbres tan absurdas cuando flotaban las ideas á merced del fanatismo, y en suma á arraigar en los corazones las grandes nociones de Dios, de una Providencia que todo lo gobierna y lo sostiene, de una misericordia consoladora y de una justicia terrible en un juicio indudable, puede decirse que empezó en el momento de verificarse la Encarnación: *Destronó el Señor á los soberbios y ensalzó á los humildes.* ¿Qué se ha hecho del poder de los emperadores? ¿Qué de aquellos sábios que causaran la admiración del mundo? ¡Ah! qué Dios escogió las cosas

1 Martini Luteri, *Super Divæ Virginis Mariæ canticum commentarii.*

flacas del mundo para confundir las fuertes. Hombres pobres; humildes pescadores fueron suficientes para asombrar al mundo y hacer mudar su faz.

María concluye su cántico, haciendo ver que para bien de la humanidad, ha cumplido Dios la promesa hecha á Abraham y á su linaje *para siempre*, con lo que volviendo á profetizar anuncia la perpetuidad hasta el fin de los tiempos de la nueva religion, del Cristianismo llamado á salvar el mundo y á civilizar las naciones.